

IN MEMORIAM

Dr. D. Juan Miguel Díaz Rodelas*

Dr. D. Juan Antonio Martínez Camino

Académico de Número de la Sección de Teología de la Real Academia de Doctores de España



Académico de Número de la Sección de Teología, medalla número 21.

En su toma de posesión, celebrada el día 24-04-2013, pronunció el discurso de ingreso: *Jesús y Pablo: del evangelista Lucas al Papa Ratzinger*

<https://www.radoctores.es/academico.php?item=21>

* Palabras pronunciadas por el Dr. D. Juan Antonio Martínez Camino en la sesión académica de la RADE en memoria del Dr. D. Juan Miguel Díaz Rodelas celebrada el 24-02-2021

DR. D. JUAN MIGUEL DÍAZ RODELAS

El Dr. D. Juan Miguel Díaz Rodelas murió de modo repentino, a causa de un ictus, el 12 de octubre de 2019, cuando estaba celebrando el banquete de bodas de unos amigos en cuyo matrimonio acababa de officiar como sacerdote. Tenía 69 años. La tristísima noticia me la dio aquella misma tarde una llamada del Dr. P. Martín Gelabert, querido colega, miembro de nuestra Academia. Yo no podía creerlo. Hacía solo unos días que había hablado por teléfono con Juan Miguel por causa de la publicación de la lección que él había dictado poco más de un mes antes en La Granda (Asturias), el 27 de agosto, en el Curso de teología que un servidor viene organizando allí en los últimos años, y en el que él había participado, por tercera vez, como siempre magistralmente. En La Granda, pues, el 29 de agosto de 2019 me despedí de Juan Miguel sin saber que nos decíamos un adiós hasta la Gloria, si Dios quiere.

El camino del Dr. Díaz Rodelas y el mío propio se habían encontrado hacía ya casi cuarenta años, allá en 1981 en la Facultad de Teología de Sankt Georgen, en Frankfurt am Main. Éramos entonces unos jóvenes sacerdotes ilusionados con las investigaciones de nuestros trabajos de doctorado. La amistad personal y la colaboración profesional y pastoral que la Providencia quiso que se iniciaran allí se mantuvieron hasta el momento mismo de su muerte. Comprenderán ustedes que estas palabras, que mis compañeros de la Sección de Teología han tenido la gentileza de ofrecerme pronunciar, sean ante todo un particular homenaje de gratitud a la amistad que Juan Miguel me brindó y un sentido reconocimiento por lo mucho que aprendí de él, tanto en el orden teológico, como en el humano y espiritual.

Pero ¿qué decir ahora? El *curriculum* científico del Dr. Díaz Rodelas es conocido. A él pude hacer referencia en mi contestación a su excelente discurso de ingreso en esta Real Academia, pronunciado el día 25 de abril de 2013. No conviene ahora repetir lo ya dicho entonces. A no ser, recordar tan sólo, con una breve frase, que Juan Miguel fue un gran teólogo exegeta o, más bien, exegeta-teólogo, especialista como pocos de nuestra lengua en el corpus paulino; que en calidad de tal, fue miembro de la Pontificia Comisión Bíblica y maestro de varias generaciones en los cursos regulares de la Facultad de Teología de Valencia - de la que fue Decano en más de un periodo - así como de muchísimos sacerdotes, religiosos y laicos en cursos ocasionales que se le pedía que impartiera por toda España. Y a esta frase debo añadir otra: que al tiempo que teólogo y profesor, fue siempre sacerdote y pastor. Acompañó a muchas personas en la peregrinación de la vida en el espíritu, no sólo como guía por los caminos terrenales que Jesús y san Pablo anduvieron en este mundo: en Tierra Santa, Asia Menor, Grecia e Italia, sino sobre todo por los caminos que el Señor recorrió también con él en sus días de Valencia, donde seminaristas, sacerdotes y matrimonios gozaron de su orientación y cercanía de sacerdote y amigo. Su muerte, acontecida durante un banquete de bodas, tras la celebración del matrimonio de personas cercanas, habla bien claro de su corazón de pastor.

Pero, más allá de esas dos frases evocadoras del teólogo y del sacerdote, querría hoy, sobre todo, si me lo permiten, hacer dos humildes consideraciones sobre la Palabra, de la que él fue un excelente servidor: Una sobre la muerte y otra sobre la Vida.

1. Basta releer el discurso de ingreso del Dr. Díaz Rodelas en esta Real Academia para caer en la cuenta de su talla de exegeta-teólogo. Sobre la base de su gran conocimiento de la exégesis histórico-crítica, pero también, de la doctrina del Concilio Vaticano II y de toda la gran Tradición católica, incluido el magisterio de Benedicto XVI - que por entonces acababa de presentar su dimisión - abordó en aquel discurso un asunto vidrioso: el de la “La continuidad entre Jesús y Pablo”. Asunto delicado, porque algunos exégetas modernos han negado tal continuidad, afirmando, en sustancia, que Jesús habría predicado el Reino del Padre, es decir, el de la fraternidad entre los hombres sin más, y que Pablo, en cambio, habría convertido a Jesús en el objeto de su propia predicación, transmutando al simpático profeta de Galilea en una figura fantástica al estilo de los hombres-dioses de la mitología helénica.

Pero he aquí que cuando la muerte nos visita, no nos basta con hablar de fraternidad. Díaz Rodelas mostró sintéticamente en su discurso de ingreso lo que la buena exégesis teológica desvela: que ni el Reino predicado por Jesús es sólo un reino de mera Humanidad, ni el Jesucristo de san Pablo tiene mucho que ver con los mitos helenistas. En un caso y en otro se trata, más bien, de una misma realidad: la de un Dios que viene de modo único, divino, en ayuda de los mortales tomando carne mortal para vencer a la muerte desde dentro de ella misma. Pablo, convertido de perseguidor en predicador por el encuentro con Jesucristo, no tiene más que una palabra: “la palabra de la Cruz”. La misma palabra a la que Juan Miguel dedicó su vida entera como teólogo y como pastor.

La muerte es un gran enigma para nosotros. Tanto, que muchos prefieren ignorarla. Tanto, que, en estos tiempos de pandemia, de muertes sobreabundantes, los muertos son presentados casi solo como números, en forma de estadísticas y porcentajes. Pero cuando la muerte nos visita y nos lleva a los amigos de alma, a los hermanos, a los padres o a los amigos de los amigos - y permítanme que les diga que me he encontrado en todos estos casos en el lapso de no muchos meses - entonces los números no nos asustan tanto; entonces lo que nos concierne es la cercanía personal de la muerte. Porque la muerte de un amigo coetáneo o de un hermano más joven se presenta ya como una forma anticipada de la propia muerte.

Entonces no son suficientes las palabras de quienes prometen recordar a los muertos en la memoria genérica de una colectividad vulnerable y caduca. Entonces sólo un Dios podría venir en nuestra ayuda. Y he aquí que sí, que ha venido. Ciertamente, de un modo inesperado y escandaloso. Pero ha venido. Ahí están los crucifijos sobre los altares de nuestros templos y las cruces sobre nuestros ataúdes y nuestras tumbas. Es “la palabra de la Cruz”. Parece que algunos pretenden apartar la cruz de nuestra vista - con bandos municipales o con

asépticos funerales laicos - acaso tal vez precisamente porque no saben qué hacer con el enigma del morir. O incluso porque, conscientemente o no, con el Maligno, quieren mantenernos sometidos, esclavizados por el temor de la muerte.

2. Pero san Pablo nos habla de la Cruz para hablarnos de la Vida. Para él, como para toda la gran Tradición católica, la cruz es el camino de la luz. Sólo ella: “En la Cruz está la vida y el consuelo / y *ella sola* es el camino para el Cielo” - decía tan bien la gran Teresa, la primera Doctora de la Iglesia.

La muerte no es lo mismo que el deceso. Éste es un hecho meramente natural, biológico. Aquélla es un acto voluntario del alma humana. Tal acto humano puede ser el de la ignorancia afectada, el de la pura rebeldía o el de la estoica aceptación de lo inevitable. Pero ninguna de estas opciones nos libera de verdad del miedo y de la esclavitud a la que la muerte nos somete. No suelen traer nada bueno ni para la persona que las adopta ni para quienes lo rodean. En cambio, quien se abraza libremente a la Cruz del Hijo eterno, hace un acto voluntario de entrega de la vida no al vacío ni al destino absurdo. Quien muere con Cristo, muere divinamente, para vivir en plenitud, porque su vida salta con Él a la nueva Creación en Dios.

Nos lo explicaba muy bien el Dr. Díaz Rodelas aquí mismo hace ocho años. La Palabra de la Cruz no es una mera prolongación del mundo de los insaciables deseos de vida que alberga el alma humana. La Cruz que predica Pablo tiene poco que ver con los mitos de la inmortalidad. Es verdad que también las narraciones míticas dicen algo de la realidad humana; pero no dicen lo decisivo, porque dicen muy poco de la realidad de Dios. El evangelio de Pablo, en cambio, es la noticia de un acontecimiento único: el del poder de Dios en la cruz y la resurrección de Jesucristo. Es la buena noticia del poder verdaderamente divino del Dios creador, que ha venido hasta el lugar más alejado de su creación, que es la muerte del pecador, para enderezar de nuevo su maravillosa creación hacia la Vida.

Colegas y amigos: podemos hablar de la muerte y mirarla a la cara, con respeto, pero sin pánico ni desesperación; porque es posible hablar del futuro de la vida, de una Vida divina más fuerte que la muerte. Si se dice, en cierto modo con razón, que el amor es más fuerte que la muerte, con plena razón nos abre la fe a una esperanza inmarcesible: en la Cruz de Cristo se ha mostrado vencedor del pecado y de la muerte el omnipotente Amor creador de Dios.

Juan Miguel Díaz Rodelas, servidor de la palabra de la Cruz, ¡vive feliz con Dios!

El Dr. Díaz Rodelas tuvo una parte importantísima, junto con el Dr. don Domingo Muñoz, en la ejecución de un gran proyecto de la Conferencia Episcopal Española: la traducción de la Sagrada Biblia en la Versión oficial. Es la que podríamos llamar Vulgata española, publicada hace diez años, en septiembre de 2010. Don Domingo fue el Presidente y don Juan Miguel el

Secretario del Comité Técnico que dirigió y coordinó a un grupo de casi treinta especialistas en un arduo y estupendo trabajo de más diez años. Además, Díaz Rodelas revisó en particular, los escritos de san Pablo y tradujo algunos de ellos desde el original griego. Cuando leamos estos textos de la Biblia oficial española o los escuchemos proclamados en la Sagrada Liturgia, no dejemos de acordarnos con gratitud de nuestro querido colega, cuya impronta llevan. Por ejemplo, este texto de la carta de san Pablo a los Filipenses, con cuya lectura concluyo:

“Para mí la vida es Cristo y el morir una ganancia. Pero, si el vivir esta vida mortal me supone trabajo fructífero, no sé qué escoger. Me encuentro en esta alternativa: por un lado, deseo partir para estar con Cristo, que es con mucho lo mejor; pero, por otro, quedarme en esta vida veo que es más necesario para vosotros. Convencido de esto, siento que me quedaré y estaré a vuestro lado, para vuestro progreso en la alegría y en la fe, de modo que el orgullo que en Cristo Jesús sentís rebose cuando me encuentre de nuevo entre vosotros. Lo importante es que vosotros llevéis una vida digna del Evangelio de Cristo, de modo que, tanto si voy a veros como si tengo de lejos noticias vuestras, sepa que os mantenéis firmes en el mismo espíritu y que lucháis juntos como un solo hombre por la fidelidad al Evangelio, sin el menor miedo a los adversarios; esto será para ellos signo de perdición, para vosotros de salvación: todo por obra de Dios. Porque a vosotros se os ha concedido, gracias a Cristo, no solo el don de creer en él, sino también el de sufrir por él, estando como estamos en el mismo combate; ese en que me visteis una vez y que ahora conocéis de oídas.

Si queréis darme el consuelo de Cristo y aliviarme con vuestro amor, si nos une el mismo Espíritu y tenéis entrañas compasivas, dadme esta gran alegría: manteneos unánimes y concordes con un mismo amor y un mismo sentir. No obréis por rivalidad ni por ostentación, considerando por la humildad a los demás superiores a vosotros. No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás. Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús: El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre” (Flp 1, 21 - 2, 11).